tinado al consagrante y otro al lado de la Epístola para el electo.

A las nueve de la mañana comenzó la imponente ceremonia, habiendo sido consagrante el Illmo. Sr. Dr. y Maestro D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de San Luis Potosí y concurriendo como asistentes los Illmos. Sres. Dr. D. Francisco Melitón Vargas, Obispo de Puebla y D. Ignacio Suárez Peredo, Obispo de Veracruz; apadrinando el acto los Sres. Francisco Suinaga, Joaquín Obregón Gonzalez, José Tornel y Corral, Andrés Martín y José Sauto, personas todas notabilísimas por el lustre de sus familias y por su posición social.

Inútil es decir que en todos los actos de la consagración se observaron extrictamente las ceremonias prescritas por el ritual católico.

Terminadas las ceremonias preparatorias para la consagración, los Illmos. señores, consagrante y asistentes, así como el electo se revistieron y prepararon; y los tres primeros, tomaron el juramento é hicieron al Sr. Alarcón el examen que previene la antigua instalación de los Santos Padres.

Después de esto, continuaron las ceremonias de la consagración y durante la misa, un verdadero acontecimiento artístico musical, sorprendió á la concurrencia, de la manera más agradable.

El gran Orfeón del Conservatorio Nacional de Música, formado por ochenta y tantas voces, bajo la dirección del joven profesor D. Ricardo Lodoza y con el acompañamiento de una magnífica orquesta que organizó el conocido maestro D José C. Camacho, ejecutó entre otras partes del mayor mérito, la introducción, Kiries y Credo del célebre Bethoven. A este respecto, vamos á permitirnos una ligera digresión: la misa del gran maestro alemán no solamente era desconocida para la mayor parte de nuestros maestros, sino que muchos ni aun noticias tenían de su existencia; el

Sr. Lodoza hizo traer la partitura, arregló la instrumentación, y por la primera vez resonaron bajo las bóvedas de nuestros templos, las clásicas armonías de una música netamente religiosa.

Otro de los números que llamó mucho la atención y conmovió profundamente á la concurrencia, fué el hermoso himno Veni Creator Spiritus.

Después de la misa y llegada la hora de la procesión, se entonó el Tedeum por todos los cantantes, acompañados de la numerosa orquesta, lo que produjo un efecto realmente conmovedor.

Por último, el Illmo. Sr. Dr. D. Próspero M. Alarcón dió al pueblo mexicano la bendición pontifical, ejerciendo el primer acto de su dignidad arzobispal, con regocijo de los asistentes que vieron en momento tan solemne, concluir la viudedad de la Iglesia Metropolitana de México y presagiando para ésta la continuación de una era tranquila y próspera, lo que en efecto se ha realizado.

*
* *

Hemos dicho al principio de estas páginas, que á los hombres deben juzgarse por sus actos con relación á la sociedad en que viven y en consecuencia veámos si por la conducta del Sr. Alarcón, ya como ciudadano y ya como Prelado, es acreedor á la general estimación que se le tiene.

A este fin, vamos á narrar algunos hechos de los muy pocos que han caído bajo el dominio público y que justifican plenamente que el Sr. Alarcón ha cumplido extricta y voluntariamente sus deberes como ciudadano y miembro de la gran familia mexicana.

Más antes, es preciso recordar las circunstancias porque atravesaba nuestra patria, al tener lugar uno de los hechos enunciados.

El año de 1855, última época en que gobernó al país el

Gral. D Antonio López de Santa Ana, de fatal memoria, se proclamó en Ayutla un plan político para derrocar al Dictador y constituir á la República bajo instituciones plenamente democráticas. Ese plan encontró eco en toda la Nación, principalmente en el Estado de Guerrero, donde se reunieron considerables fuerzas al mando del Gral. D. Juan Alvarez, las que vencieron al florido ejército que para batirlas había llevado Santa Ana. Este al ver el resultado de la campaña, huyó vergonzosamente, abandonando el país. Alvarez ocupó la capital y el año siguiente se reunió el Congreso Constituyente que dictó, discutió y expidió el Pacto fundamental de la República, promulgándose el día 5 de Febrero de 1857.

Ese Código notable, que cambió por completo los principios de nuestras instituciones políticas, causó profunda impresión en determinadas clases sociales y especialmente en el clero, que creía ver en aquel, no sólo un ataque á sus anteriores prerrogativas, sino á las creencias religiosas. De aquí resultó una excitación terrible de pasiones políticas; los Prelados fulminaron censuras contra los que juraran la Constitución; comenzaron los pronunciamientos por distintos puntos de la República y en una palabra, se inició la lucha armada que es conocida con el nombre de la guerra de tres años y que se desenlazó en los campos de Calpulálpam.

Entretanto el Sr. Alarcón, según dejamos dicho, se encontraba en su curato de Querétaro, donde fué conocido el texto de la Constitución, poco tiempo después de su publicación en México.

Pues bien, el Sr. Alarcón, sin desconocer como subalterno las razones en que se fundaran las protestas de los Prelados y ejercitando ese juicioso tacto que desde joven ha sido en el característico, recomendaba á sus feligreses, el respeto y la obediencia á la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, como emanada de un poder legítimamente constituido.

Quizá no falte quien censure la conducta de nuestro biografiado, al obrar en desacuerdo con sus superiores; mas si tal sucediere, nos bastará decir: que los grandes mártires del cristianismo, doblaron el cuello ante el fanatismo de los Césares: pero jamás lanzaron el grito de rebelión.

Por otra parte, el Sr. Alarcón no hizo más que adelantar su siglo, supuesto que muchos años después, la sabia política del respetable Pontífice León XIII, ha sancionado plenamente el proceder del joven párroco de Santa Ana.

Otro de los hechos notables en la vida del Sr. Alarcón y que revelan su civismo, se relaciona también con una época no lejana de nuestra historia:

Cuando el Gobierno del Sr. Juárez, se ocupara de organizar la administración pública y cuando apenas el primer Congreso Constitucional daba principio á sus importantes funciones, un conflicto internacional vino á interrumpir el desarrollo de nuestro ser político.

De acuerdo Inglaterra, Francia y España, resolvieron imponer á México una intervención, á cuyo efecto enviaron rumbo á Veracruz sus respectivas escuadras al mando del Gral. Prin.

El Gobierno mexicano se preparó á la defensa, pero sin contar más que con recursos improvisados.

Mientras tanto, tuvieron lugar en la Soledad, importantes conferencias entre los representantes de México y los Jefes intervencionistas, de las que resultó que Inglaterra y España se retiraran con sus escuadras, quedando solo el ejército francés resuelto á continuar la guerra.

Narrar los detalles de ésta, sería tan dilatado como ageno de este libro, que solo reclama para su complemento someros apuntes sobre determinados acontecimientos.

El ejército frances, contando con no pocos aliados mexicanos y con algunas fuerzas de Jefes reaccionarios, se dirigió á Puebla, frente á cuyos muros fué derrotado por las tropas que mandaban como Jefes principales, D. Miguel

Negrete, D Felipe Berriozábal y D. Porfirio Díaz, todos á las órdenes del Gral. Ignacio Zaragoza, que mandaba en Jefe y ocupaba el punto de los Remedios.

Los franceses se retiraron á Orizaba, donde recibieron numerosos refuerzos y al año siguiente, con un ejército de más de cuarenta mil hombres al mando del Gral. Forey, emprendieron su marcha al interior de la República.

Las fuerzas del Gobierno á las órdenes del Gral. Jesús González Ortega, porque ya Zaragoza había fallecido (1,) se reconcentraron en Puebla, donde fueron sitiadas y después de un acedio de más de dos meses y de gloriosísimas funciones de armas, como la defensa de San Javier y la acción de Santa Inés, sucumbieron á la falta de recursos y al crecido número de sus enemigos.

Desde la rendición de Puebla, el ejército francés ya no encontró enemigo propiamente dicho, con quien combatir: ocupó sin resistencia la capital y siguió extendiéndose por casi toda la República.

Mientras esto acontecía, el Gobierno intervencionista, hizo reunir en México una Junta de notables, la que aceptó como forma de Gobierno para la Nación, la monarquía absoluta, eligiendo para Jefe Supremo de ella á Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria. Este al recibir á la Comisión que fué á ofrecerle la corona del nuevo Imperio, le exigía pruebas de que era voluntad del país aceptarlo como Soberano y allanadas esas dificultades, expresó su aceptación y en compañía de su esposa la Archiduquesa Carlota Amelia, vino á ocupar un trono que le fué tan funesto, como lo había sido para el libertador Iturbide.

---

[1] Según las noticias oficiales el Gral. Zaragoza falleció de tifo. pero según versiones que circularon por aquellos días murió á consecuencia de una herida que recibió de uno de sus compañeros de armas,

En los primeros días del Imperio fué tal el entusiasmo que se notó por el nuevo orden de cosas, que hasta liberales eminentes se adhirieron á la Monarquía.

Como consecuencia de ese entusiasmo, las comunidades tanto civiles como religiosas levantaron y suscribieron actas de adhesión al Emperador á quien las remitieron originales.

Pues bien, como era consiguiente, el Cabildo de Guadalupe formuló la suya, la que, como á los demás señores capitulares, se le presentó al Sr. Alarcón para que la suscribiera. Pero el futuro Prelado manifestó su desaprobación con estas ó parecidas frases: "Yo no reconozco más Jefe "Supremo como sacerdote, que al Sumo Pontífice, ni más "Gobierno que el que emane legítimamente del voto nacio- "nal." Hecho que reveló en el Sr. Alarcón un notable valor civil, cualidad rarísima aún en las personas de reconocido valor personal.

Así pues, si álguien ha juzgado débil al Sr. Alarcón por su manera de obrar en determinadas ocasiones, debemos decirle que en tales casos ha ejercido no la debilidad del cobarde, sino la prudencia del sabio

Vamos por último á hacer mención de otro hecho reciente con que el Prelado reinante dió una prueba más de respeto á la ley y su acatamiento á las instituciones que nos rigen:

Condecorado por la actual Reina Regente de España con la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, no quiso aceptar tan honrosa distinción, sino cuando solicitó y obtuvo la licencia correspondiente del Soberano Congreso de la Unión, prévios los trámites legales.

Tal conducta no solo demuestra, como dijimos antes, el respeto y acatamiento á la ley sino también que desea conservar sus derechos de ciudadano porque sabe estimarlos en todo su valor.

*
* *

Pasemos ahora á relatar los hechos más importantes de su vida pública como Prelado, desde el momento en que ocupó la Sede Arzobispal de México.

Teniendo en cuenta que el punto objetivo de los Gobiernos locales, siguiendo el ejemplo del Poder Central, es la ilustración de las clases sociales, á cuyo efecto por diversas partes se fundan escuelas normalistas para ambos sexos, el Sr. Alarcón, desde luego comprendió que á su vez necesitaba contar con un clero inteligente é instruido y que esto solamente lo conseguiría con una protección decidida al Seminario Conciliar, y así lo verificó, cediendo para fomento de ese plantel todo su sueldo, que es de setecientos cincuenta pesos mensuales, como Arzobispo de México; de manera que en el tiempo que lleva de gobernar la Mitra ha dado á ese establecimiento la suma de noventa mil pesos y esto sin contar con que mensualmente cubre, de su propio peculio los deficientes que resultan después de aplicados los setecientos cincuenta pesos. Ultimamente ha emprendido la obra de reconstruir el edificio del relacionado Seminario, de una manera radical y para ello está gastando sobre seiscientos pesos semanarios en rayas y materiales.

Atendiendo á la suma importancia que encierra la instrucción de la niñez desvalida y siguiendo el Sr. Alarcón sus sentimientos progresistas, ha fundado escuelas en todas las parroquias de la Capital y las sostiene con sus particulares recursos, sin perjuicio de auxiliar con fuertes sumas á varios establecimientos católicos de educación superior.

Al fundarse la Colonia de Guerrero, situada al Noroeste de la ciudad, se construyó en la Plazuela de Martínez de la Torre una capilla de madera, dependiente de la Parroquia de Santa María la Redonda, donde los vecinos de la nueva población, celebraban sus actos religiosos: más tarde esa capilla se erigió en Vicaría fija, bajo la advocación del In-

maculado Corazón de María. Al ser visitado el templo por el Sr. Alarcón y visto el estado que guardaba, dió dos mil pesos, para sustituir el salón de madera por el que actualmente existe y que solo tiene el carácter de provisional, mientras se termina el magnífico edificio que está en construcción.

Muchos, cuanto bien empleados, son los auxilios que distribuye entre familias pobres que deben su subsistencia á la filantropía del Prelado; siendo muchas más las que por su protección moral disfrutan de relativa tranquilidad en sus hogares. Jamás una persona que solicita la protección del modesto Prelado, resulta desairada si está en posibilidad de obsequiar las pretensiones del recurrente. Estos hechos son de pública notoriedad y por esto dejamos de puntualizarlos, pasando á relatar los servicios que ha prestado á la Iglesia Católica como Arzobispo de México.

Emprendida por el ilustre sacerdote D. Antonio Plancarte y Labastida la obra de reparación, ampliación y ornato de la Colegiata de Guadalupe, recorrió aquel casi toda la República colectando fondos para una empresa de tal importancia. Pero apesar de que los fieles ocurrieran al llamamiento del Sr. Plancarte y de la protección del Illmo. Sr. Labastida y Dávalos, la obra ofrecía serias dificultades para su terminación, cuando el Sr. Alarcón investido ya de la dignidad episcopal, le dedicó decidido empeño, logrando verla terminada y alcanzando la satisfacción gloriosa de que el 12 de Octubre de 1895 y por delegación pontificia coronara á la venerable imágen de Santa María de Guadalupe en su hermosa cuanto artística basílica.

La importancia que ese acontecimiento tiene para la historia eclesiástica de México; el cariño especial que sin fanatismo tenemos á esa Imágen, recordando que fué el lábaro de nuestra Independencia, que es la Vírgen esencialmente mexicana y por último, la consideración de que en acto tan imponente, sintió nuestro biografiado, la emoción más gran-

de y más grata de su vida, nos impele á dar aún cuando sea pálidamente una idea de esa solemnidad inolvidable.

La Imágen de la Santa Madona había permanecido en la Iglesia de Capuchinas, desde el día 23 de Febrero de 1888 en que se dió principio á las obras de reparación, hasta la noche del dia 29 de Septiembre de 1895. En la madrugada del día 30 del mismo mes se procedió á trasladarla á su nuevo sitio, cuya operación comenzó á las cuatro y media y terminó á las nueve de la mañana, sin que ocurriera la más leve contrariedad, durante la traslación.

Desde este momento se comenzaron á ordenar todos los preparativos para la Coronación.

Oportunamente se había hecho una invitación muy especial á todos los Prelados de América y como resultado de ella habían concurrido á México para asistir, como en efecto asistieron á la festividad, varios Arzobispos y Obispos extranjeros y casi todos los mexicanos, haciendo un total de cuarenta Prelados, según la certificación de los Señores Notarios Villela y Monterrubio y Poza.

No tenemos noticias de que en nuestra patria se haya efectuado reunión semejante de mitrados.

Pero renunciamos á nuestro primer propósito y trasladamos á estas páginas, aunque sea algo, de la magnífica descripción que de esta solemnidad obra en el «Album de la Coronación.» Libro editado por el Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros.

«A las siete y media próximamente, por la puerta de honor, que es la del Colegio de Infantes, llamada comunmente de los «Coloraditos,» comenzaron á entrar los Sres. Arzobispos y Obispos, cuyos carruajes llegaban á dicha puerta con dificultad, pues aunque solo estaba destinada para dichos Señores, Cuerpo diplomático, Madrinas y Bienhechores, Notarios y parte del servicio especial del Coro, era inmensa la multitud de gente que en su justificada ansiedad, buscaba un medio de entrar *por donde pudiera.*

«Esta puerta estaba á cargo del Sr. Ingeniero de minas, D. Santiago Ramírez, á quien acompañaba el Sr. Pbro. Dr. D. Francisco Orozco, y á cuyas órdenes estaban dos gendarmes de á pié y un piquete de á caballo, en la parte de afuera. Estos últimos, cada vez que un carruaje se acercaba, tenían que abrirle paso por entre aquella apiñada multitud, que se cerraba detras del coche, como las aguas del mar, detras del buque cuya quilla las ha abierto con su marcha.

«Las Madrinas y demás personas que tenían derecho á entrar por esa puerta, presentaban una tarjeta del Illmo. Sr. Abad, á cuya vista se les franqueaba el paso; y presentándola después al Sr. D. Salvador Gutiérrez, á cuyo cargo estaba la puerta que se comunica por la Capilla del Sagrario, con el templo, pasaban á ocupar en él sus asientos, que les designaban los comisionados de la colocación.

«También entraron por dicha puerta los miembros del Orfeón de Querétaro, que iba designando el Sr. Director Pbro. D. José Guadalupe Velázquez, y veintiocho indígenas, cuyos asientos estaban debajo del cuadro del Primer Milagro.

«La presencia de estos indígenas fué debida al pensamiento que tuvo el Illmo. Sr. Obispo de Chilapa, Dr. D. Ramón Ibarra y González, de que asistieran unos indios de Cuautitlán, en representación de su raza y del lugar en que nació Juan Diego; y aprobado por el Sr. Abad y para realizarlo encargó al Sr. D. Santiago Beguerisse que organizara una peregrinación, con número de veintiocho, que es el de los Episcopados de la República.

«Todos se presentaron en traje propio, con la mayor limpieza, llevando en el pecho una imágen de la Vírgen de Guadalupe.

«Por la puerta de la Colecturía, que servía para las señoras, que estaba á cargo del Sr. D Angel Lascurain que se abrió á las siete y media, entraron en agitada corriente, las

más distinguidas de nuestras damas, vestidas de negro, en elegante traje de Iglesia.

«Algún tiempo después se abrió la puerta destinada á la entrada de los señores y éstos se precipitaron como un torrente, determinando por algunos minutos el desórden: el entusiasmo y la ansiedad creemos que pueden servir de disculpa esta involuntaria falta de reverencia.

«Los instantes volaban, y la secuela de las ceremonias tenía que seguir.

«Una comisión compuesta de los Sres. Dres. D. Luis Orozco y D. Aristeo Aguilar, recibía en el interior del templo á los señores Obispos, que al llamado del Maestro de Ceremonias, entraron procesionalmente, vestidos de roquete, amito, capa pluvial blanca, Mitra y báculo, y fueron á ocupar sus respectivos asientos, en cada uno de los cuales estaba una tarjeta con su nombre, y al pie un cojín de terciopelo carmesí.

«Las capas eran todas iguales, bordadas de oro y teniendo en la parte de atrás el monograma de María. Las mitras eran preciosas y los báculos de un trabajo exquisito.

«El primer obispo que se vió aparecer en el templo, fué el Illmo. Sr. Luque.

«Con el cóntinente majestuoso, el porte grave, la marcha reposada y revestidos con las significativas insignias de su encumbrada dignidad, fueron desfilando treinta y ocho Prelados nacionales y extranjeros, al pie del Altar en el que se eleva la Madre tierna de los mexicanos, Santa María de Guadalupe.

«Acababan de dar las ocho y media cuando se presentó en el Presbisterio el Illmo. Sr. D. Próspero M. Alarcón y Sanchéz de la Barquera, Arzobispo de México y Delegado de la Santa Sede para coronar nuestra venerada imágen, revestido de Capa Magna encarnada y rodeado de su sequito

que debía sevirle en esta solemnidad, y estaba formado por las personas siguientes. (1)

«Diácono de la Misa.—Sr. Lic. D. José M. García Alvarez, Arcediano de la Catedral de México.

Subdiánico de la misa.—Sr. Canónigo de la misma Catedral, Dr. D. Ambrosio Lara.

Diáconos de honor.—Sres. Canónigos D. Manuel M. Herrera y D. Vicente Estrada.

«Presbítero Asistente.—Sr. Prebendado D. Gerardo Herrera.

«Primer Maestro de Ceremonias.—Sr. Dr. D. Antonio J. Paredes.

«Segundo Maestro de Ceremonias.—Sr. Dr. D. Leopoldo Ruíz.

«Porta-Mitra.—Sr. Dr. D. Francisco Orozco.

«Porta-báculo.—Sr. Pbro. D. Rafael Calderón.

«Clérigo del libro.—Sr. Dr. D. Juan Herrera.

«Clérigo de la Vela.—Sr. Dr. D. José M. Bustamante.

Clérigos de honor.—Sr. Cura D. Miguel de los Santos Contreras y Sr. Pbro. D. Miguel Plancarte.

Turiferario.—Sr Dr. D. Felipe Pineda.

Acólitos.—Sres. Pbros. D. Juan García y D. Vicente Aceves.

Crucífero.—Sr. Pbro. D. Cruz Aguilar.

Familiares nobles.—Sres. D. Rafael Angel de la Peña y D. Luis A. Aguilar.

Después de una breve oración, el Ilustrísimo señor Arzobispo de México subió al Trono, y entonó la *Nona*, que fué la del día y desempeñada por el Coro de la Colegiata; y

(1) El Sr. Dr. D. Antonio J. Paredes, Primer Maestro de de Ceremonias, tuvo la amabilidad de poner en mis manos con la licencia respectiva, la Memoria inédita, que por encargo de la Sagrada Mitra escribió, sobre esta notable ceremonia, y de ese interesante documento he tomado éste y otros datos.